

NOTAS

LA ENSEÑANZA EDUCATIVA EN LA UNIVERSIDAD

A mi distinguido amigo
Dr. Félix Garzón Maceda.

Entre los problemas que plantea la reorganización de la enseñanza universitaria, cuya necesidad se siente ahora en todas partes, más o menos intensamente; no se suele prestar bastante atención al contenido en el epígrafe de estas páginas, que escribo invitado a ello por Vd. para la "Revista de la Universidad Nacional de Córdoba".

En realidad, la enseñanza educativa debería tener suficiente cabida en la Segunda Enseñanza (ahí, en los Colegios Nacionales), para que la Universidad pudiera, hasta cierto punto, desatenderse de ella. Pero de hecho no es así, y a los hechos hemos de atenarnos, si no queremos divagar por la etérea región de las utopías.

¿Quién podrá asegurar que en España, en la Argentina, y en otros muchos países de Europa y América cuyos establecimientos de enseñanza he tenido ocasión de estudiar; los jóvenes que pasan de la segunda enseñanza a la Universidad, vayan a ella con suficiente educación intelectual?

En la misma Alemania, cuya Enseñanza Segunda dura (o duraba) nueve años, la Universidad se proponía un fin formal: un fin educativo. No tanto miraba (en las Facultades estrictamente científicas) a comunicar conocimientos, cuanto a formar el investiga-

dor: el forschcr. Y esto ¿qué era, sino preocuparse de la educación intelectual de los futuros sabios?

Cuando en 1906 visité las Universidades alemanas, advertí, no obstante, un grave vacío precisamente en ese aspecto de su educación intelectual. Y aunque entonces sonó a atrevimiento y casi a blasfemia, el que un español se lanzara a notar defectos en aquellos centros de ciencia, de donde salían los grandes adalides de la moderna cultura técnica; el desastre posterior del imperio germano ha venido a darnos la razón, y creo moverá a algunos alemanes a reflexionar sobre la verdad de las amistosas advertencias que entonces les hicimos.

Lo que entonces señalé como defecto de la Universidad alemana, lo hallo en grado no menor en la Universidad española y en las Universidades argentinas; entre las cuales acaso sea la de Córdoba, por la fuerza de sus tradiciones, la que menos merezca mis reparos en esta parte.

Nuestras universidades reciben a sus jóvenes alumnos, casi totalmente limpios de preparación filosófica; de esa propedéutica indispensable para penetrar con paso firme en cualquier terreno científico. Y ¿atienden a remediar ese defecto; a llenar esa laguna?

Por lo menos en España, no; y creo que en la Argentina tampoco.

Es ésta una de las más añejas preocupaciones de mi ánimo, amante de la cultura superior de nuestra raza, que le dió en siglos pasados tantos días de altísima gloria.

Actualmente he comenzado a publicar en la Revista de mi dirección, "La Educación Hispano Americana", una serie de artículos sobre "Cultura General", que no extractaré aquí, porque sería hacer lo hecho (actum agere), y porque la mentada Revista se lee todavía lo bastante en este Estado argentino, para que me sea lícito remitirme a ella.

Tal vez el éxito de la guerra mundial que acaba de desarrollarse, vendrá a favorecer el giro de los estudios porque hace años.

estamos abogando. Un renacimiento de la cultura latina, cual el que desean en Francia desde que estalló la mentada guerra, habría de encauzarse necesariamente por ese camino. El forschere de corte germánico, ha de ser substituido por el filósofo de antiguo cuño greco-romano, tan remozado cuanto lo pidan la diversidad de los siglos y de los pueblos.

Pero sea de esto lo que quiera (pues no me siento con vocación de profeta, en el preciso momento en que han fracasado tantas profecías políticas), es indudable que, si nuestra juventud ha de atravesar inmune por en medio del desbarajuste que, en el campo de las ideas, ha producido la revolución, iniciada por los ingleses del siglo XVII, perseguida por los franceses del XVIII y consumada por los alemanes del siglo XIX; es de todo punto necesario que las Universidades modernas rehagan su cultura general filosófica; le den un complemento de educación intelectual, que debería venir, pero no viene, de una Segunda Enseñanza fuerte y efectiva, como la que en el antiguo Triennium Philosophicum gozó en otros tiempos la juventud cordobesa en esa Universidad de gloriosa historia.

El desenlace de la guerra mundial marca el desastre de la cultura técnica divorciada de los grandes principios de la Filosofía cristiana; heredera en esta parte, de la Filosofía helénica, que había sido maestra de la romana.

Desde Descartes a Kant no se hizo más que demoler. Los pantheístas alemanes (Fichte, Schelling, Hegel) no hicieron más que fantasear. Sus sistemas son dignos de servir de libreto a la música Wagneriana.

Hay que volver al terreno sólido de aquella Filosofía clarividente, diáfana, con la diafanidad profunda del genio latino. Ese es el único nutrimento sano que puede formar para nuestra patria y la vuestra, la juventud que necesitamos. Una juventud que, con la mente llena de claros conceptos de la vida, pueda ir adelante sin necesidad de mendigar recetas exóticas.

El dios éxito que es la deidad que gobierna a los necios en

todos los períodos de la Historia, pondrá ahora de moda en todo el mundo, los moldes yankees.

Ese es un peligro contra el cual quisiera yo prevenir a la juventud argentina, como a la juventud de mi propio país.

El hombre sensato, se aprovecha de todas las experiencias, propias y ajenas. Pero el asirse, como a solución salvadora de nuestros problemas, a patrones hechos para cuerpos de otra medida que el nuestro (para espíritus todavía más heterogéneos), es una necesidad que acusa falta de talento en los individuos y falta de sólida educación en las sociedades.

El alma latina posee una herencia cultural más antigua y más rica, que los demás pueblos cultos del mundo moderno. Confesemos que se ha dilapidado en gran parte por la incuria y prodigalidad de las generaciones que nos precedieron en la vida. Pero las minas muy opulentas, rara vez se extinguen totalmente. Solo precisa volver a descubrir el filón.

Si la Universidad cordobesa, lograra reanudar sus gloriosas tradiciones, sacando de nuevo a luz ese filón de la cultura hispano-americana, habría prestado a su patria el mayor de los servicios que son blasones de su historia.

Y el camino para eso es la renovación de la enseñanza educativa en la Universidad, por lo menos hasta tanto que, reorganizada la Segunda Enseñanza, lleguen a sus umbrales generaciones ya sólidamente preparadas.

Me he quedado un poco en la superficie de mi argumento, porque, como ya he dicho, el contenido de él se puede ver desarrollado más prolijamente de lo que aquí podría hacerse, en los mencionados artículos de la educación Hispano-Americana.

RAMON RUIZ AMADO S. J.

Sarria, Barcelona, 2 de Enero de 1919.